

ENTRE LA REALIDAD Y LA TEORÍA: APUNTES SOBRE UN DEBATE SOCIOLÓGICO Y ANTROPOLÓGICO

Patricia Ravelo Blancas

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-DF),
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM*

TEORÍA E INVESTIGACIÓN EMPÍRICA. ELEMENTOS DE UN DEBATE DESDE LA «CRISIS» DE LA SOCIOLOGÍA

Es ampliamente conocido el debate acerca de las implicaciones teórico-metodológicas de la relación entre teoría e investigación empírica, sobre todo el que se ha dado en el marco de la crisis de la explicación social, particularmente la sociológica. Uno de los argumentos que ha tenido mayor consenso es caracterizar esta crisis como de paradigmas. Las posiciones van desde aquellas que se colocan a favor de nuevos paradigmas, otras que proponen el desarrollo o renovación de los clásicos, hasta la que sustenta que la creación de nuevos paradigmas no implica la descalificación de los clásicos (Ianni 1991: 119-120).

Esta «crisis» de la sociología se manifiesta en casi todas las dimensiones, en particular en las relacionadas con la producción intelectual, la *singularidad* de la sociología, en cuanto que es una ciencia crítica y autocrítica (Ianni 1991: 120-121). También dicha crisis ha conducido a pensar en un problema de madurez científica; de ahí esa recurrencia a los clásicos, a informaciones que no fueron previamente recuperadas para ser utilizadas en forma adecuada como nuevos puntos de partida (Ianni 1991: 120). En síntesis, se propone la centralidad de los clásicos para proponer nuevos esquemas teóricos (Alexander 1991).

Con respecto a la «crisis» de la antropología pasa algo similar, pues E. Krotz, señala que si consideramos que la antropología [y en general las ciencias sociales] es vista como un proceso consistente en muchos elementos y no un sistema de enunciados, sino un proceso cultural, entonces tenemos que especificar qué elementos de la disciplina están en «crisis»,¹ si entendemos por crisis «una situación de transición, en la cual algo deja de ser y al mismo tiempo surge algo nuevo», y con ello estamos eliminando la connotación negativa que usualmente se le adjudica a la idea de «crisis».

La crisis de las grandes teorías, como el estructural funcionalismo y el marxismo, ha impulsado la búsqueda de nuevos modelos y referentes teóricos (Girola 1992: 159) que ofrezcan otros elementos para el conocimiento de la realidad social y sus transformaciones.

En este marco, el problema de si debe haber o no una base teórica que fundamente una investigación empírica se relaciona con el problema de la correspondencia entre interpretación teórica y análisis de datos, que en el campo de conocimiento de la salud es relevante, pues la cientificidad, principalmente desde las ciencias de la salud, es reconocida únicamente cuando existen ambos referentes, lo cual, en general, ha influido para caracterizar la investigación en este campo como positivista.

En el debate sobre estas cuestiones se presentan varias posiciones. Unas se derivan de ciertas corrientes sociológicas que tienden a definir cualquier investigación empírica como positivista, porque parten de una idea errónea de cómo se ha caracterizado la investigación empírica, que no necesariamente por este hecho tiene una perspectiva positivista.

La combinación de teorías e instrumentos de investigación en su conjunto supera estos sesgos y configura una importante propuesta de pluralidad, unificación teórica-metodológica y perspectiva integral (Samaja 1992), siempre y cuando no caigamos en posturas eclécticas.

Otra de las posiciones en el debate teórico-empírico es que a partir de la relación entre estructura y sujeto se sugiere una nueva

¹ Por ejemplo, hay que distinguir la crisis personal de un determinado individuo (investigador o investigadora), de la de ciertas instituciones académicas, y ambas de la crisis de los paradigmas, de la crisis del país, de la economía, etcétera (Krotz 1995).

reflexión teórica que amplíe y profundice sus alcances, de tal manera que en las investigaciones concretas se incorporen tanto las dimensiones estructurales como las de la interacción. No deben verse como inconmensurables sino como complementarias, aunque conciban lo social de maneras contrapuestas. Por eso plantear que ambas perspectivas deben ser complementarias constituye un reto a la creatividad en la investigación para superar la situación de crisis y la reformulación del marco teórico-metodológico de la sociología [y en general de las ciencias sociales] (Girola 1992: 170). Incluso, agregaría que en esta reconstrucción de la teoría habría varios paradigmas nuevos, que estarían en la línea de buscar otras explicaciones para comprender la diversidad de procesos que vive la sociedad a nivel micro y macrosocial.

En el campo de la salud, la contribución específica de la sociología ha sido brindar otros elementos para la *comprensión* de los problemas de salud y de atención a la salud como objeto de estudio sociológico y, por ende, explicables a partir de teorías sociológicas [diversas] (Infante 1994).

Históricamente, tanto la sociología como la antropología aplicadas han tenido un papel preventivo en la salud. La diferencia es que los aportes de la antropología se ubican particularmente en el campo de la cultura y de la acción. Uno de sus principales postulados es la idea de vincular el conocimiento de los hechos con el de las estrategias para la acción (Bastide 1971: 24), lo cual la comprometió en procesos de aculturación, algunos de ellos criticados desde otras posturas antropológicas.

Volviendo a la recurrencia de las teorías clásicas, esto no debe significar su reproducción mecánica para la explicación de los problemas contemporáneos, sino su *re-construcción teórica* con un marco de referencia empírico distinto. También estoy de acuerdo con que debido al predominio de los planteamientos empiristas y de los análisis descriptivos se ha obstaculizado el desarrollo de la teoría sociológica y la formulación de políticas y estrategias adecuadas para intervenir en la realidad concreta a fin de transformarla (Rojas Soriano 1993: 18).

En la antropología, principalmente en la aplicada, la preocupación de teorizar es reciente, pues lo central había sido el «accionar», debido a su carácter de «ciencia de la práctica» o «ciencia

empírica» y a que surge de la tradición etnológica, lo que le ha permitido ocupar un lugar distinto (Bastide 1971, Krotz 1994).

Hay que considerar que la diversidad de procedimientos, teorías, métodos y conceptos que poseen las ciencias sociales, varios de los cuales suelen tener diferentes ideologías, se pueden combinar en una misma investigación. Esta riqueza de las ciencias sociales, en particular de la sociología, las hace merecedoras de una posición distinta, en este caso, a la de las ciencias médicas, por su multiplicidad de modelos teóricos, cada uno de los cuales define y construye su objeto de estudio a la luz de su perspectiva teórica (Infante 1994). Así, por ejemplo, aunque «la enfermedad» constituya aparentemente un mismo objeto de estudio en las ciencias médicas y en las sociales, para cada una tiene diferente significado, al igual que los conceptos con los que se define. De ahí que los análisis de los referentes empíricos no pueden considerarse de manera ahistórica ni ateórica. Parten de «un sustento de proposiciones lógicamente vinculadas, fundamentadas en el análisis científico de la evidencia empírica» (Infante 1994: 204).

La combinación metodológica tiene una larga tradición en ciencias sociales, debido al carácter transdisciplinario de su objeto de estudio y a que además requiere del análisis conceptual de las dimensiones que rodean al objeto, de sus variables y su operacionalización (Samaja 1992).

Otro de los aspectos discutidos es la confusión de lo que se entiende por objetividad, ya que en «general la objetividad de la investigación social empírica es de método, no de lo investigado...» (Adorno 1989: 215-218). Un aspecto más por considerar en esta discusión es el problema del fetichismo del «concepto», que ha sido notablemente criticado porque tiende a las generalizaciones (Mills 1969).

¿CÓMO SE GENERAN LAS TEORÍAS?

La teorías no se pueden construir sólo con datos empíricos, ya que el «mundo real pone límites muy estrictos a nuestra teorización... [pues] el razonamiento teórico tiene una relativa autonomía con respecto al «mundo real» (Alexander 1989: 14). La realidad tiene

límites. No sólo la construimos y nos la representamos, sino que al hacerlo también la estamos transformando.

De acuerdo con el esquema de J. Alexander, las teorías son generadas tanto por los procesos no fácticos o no empíricos que preceden al contacto científico con el «mundo real», como por la estructura de este «mundo real» (Alexander 1989: 14-15). En los procesos no fácticos se engloban los dogmas universitarios, la socialización intelectual y la especulación imaginativa del científico basada en su fantasía personal y en la realidad externa (Alexander 1989: 15).

En la construcción de las teorías científicas, el mundo real modifica estos procesos pero nunca los elimina. Existe una relación doble entre teorías y hechos, es decir, una relación de construcción, reconstrucción y transformación de la teoría y la realidad. De ahí la importancia de considerar el elemento apriorístico, que, según este autor, es la parte no empírica de la ciencia (Alexander 1989: 15). Esto, como veremos, se hace más evidente desde la perspectiva antropológica.

La sociología es una ciencia social empírica, comprometida con la verificación rigurosa, con los datos, con la disciplina de la verificación. Estas actividades se desarrollan dentro de tradiciones que se dan por sentadas y no están sometidas a una evaluación estrictamente empírica (Alexander 1989: 15).

En el caso de la antropología también hay una tradición empírica ampliamente desarrollada, en particular, por la antropología aplicada y, en sus inicios, impulsada por la etnología (Bastide 1971).

El papel de la antropología aplicada, después de la Segunda Guerra Mundial, adquirió un carácter distinto porque ya no se trataba de diagnosticar y reaccionar, sino de *prever y planificar* (Bastide 1971: 28), por lo que la tradición en la práctica y la teoría antropológica conserva siempre un vínculo recíproco de acción y reacción (Bastide 1971: 28).

Volviendo al cuestionamiento de las posiciones teórico-empíricas, queremos destacar algunas tradiciones. Éstas, en términos generales, se pueden agrupar en dos. Una plantea que la teoría se puede construir desde cualquiera de los componentes del medio teórico, sin necesidad de recurrir a referentes empíricos, y otra sostiene que no se puede hacer teoría si no se tiene sustento empírico.

Estas tradiciones científicas están integradas por los componentes básicos de la ciencia social, que son el medio teórico y el empírico; siendo los modos diversos de conceptualizar estos componentes el «núcleo del debate teórico contemporáneo».

Es por eso que J. Alexander (1989) propone que, para identificar las tradiciones esenciales que forman la base no empírica de una disciplina, hay que identificar el *continuo científico* y sus componentes básicos. La idea de este *continuo* implica que el yo social y su mundo forman parte de una multidimensionalidad.

Como ya habíamos comentado al principio, este *continuo*, en la propuesta sociológica de J. Alexander (1989), se refiere a la relación recíproca entre el medio teórico «no fáctico» y el medio empírico «fáctico». El medio teórico «no fáctico» considera las presuposiciones generales, las orientaciones ideológicas, los modelos, conceptos y clasificaciones, entre otras cuestiones; mientras que el medio empírico «fáctico» se refiere a los «hechos», a los datos recopilados que son sometidos a un proceso de explicación descrita a partir de correlaciones, supuestos metodológicos y observaciones.

En este esquema de *continuo* de J. Alexander hay varios niveles. El *nivel ideológico* ha sido considerado por muchos teóricos como el decisivo. Ellos sostienen que las creencias políticas de los científicos constituyen el elemento no empírico que determina la sustancia de los hallazgos de las ciencias sociales. «Consideran, pues, que la sociología está dividida entre tradiciones conservadoras, liberales y radicales» (Alexander 1989: 16). Esta perspectiva de la teoría sociológica resurgió en el periodo de posguerra con los conflictos sociales de la década del sesenta y ha perdurado durante siglos (Alexander 1989: 16).

Otro de los niveles de este *continuo* es el *nivel de los modelos*. Algunos científicos sociales sostienen que el modelo (funcional e institucional) es el que determina la naturaleza fundamental del pensamiento sociológico: «Los modelos son imágenes deliberadamente simplistas y muy abstractas del mundo». Los principales son dos: los que consideran que la sociedad es un sistema en funcionamiento (modelo funcional) y los que consideran que la sociedad está compuesta por instituciones (modelo institucional). «El enfoque ideológico sostiene que las decisiones políticas del científico generan modelos, pero este segundo grupo de teóricos argumenta

que la opción entre modelos funcionales e institucionales genera compromisos ideológicos» (Alexander 1989: 16). Se ha dicho que el funcionalismo, por ejemplo, conduce a posturas ideológicas conservadoras, mientras los teóricos ideológicos sostienen que, al contrario, las ideas conservadoras conducen a la adopción de los modelos funcionalistas.

EL PROBLEMA METODOLÓGICO

El último nivel del *continuo* sociológico que a menudo se considera decisivo es el *nivel metodológico*. Se sostiene que la opción entre técnicas cuantitativas y cualitativas, o entre el análisis comparado y los estudios de casos, es crucial para estructurar teorías sociológicas generales.² «En un nivel menos técnico, las controversias metodológicas se concentran en el papel de la teorización abstracta en contraste con la compilación de datos empíricos» (Alexander 1989: 16). Quienes se adhieren a diversos bandos de estos debates metodológicos suelen creer que los compromisos con determinados modelos e ideologías surgen de estas opciones metodológicas, y no al contrario. La ideología es importante, pero es erróneo tratar de reducir la teoría a la influencia de los supuestos ideológicos y políticos. También es erróneo pensar que los modelos son los decisivos, pues, sin negar su importancia, no pueden determinar otros supuestos no teóricos. Asimismo, otra reducción típica es atribuirle poder decisivo a los componentes metodológicos. En la historia de la sociología, la misma metodología ha respaldado las posiciones más encontradas, pues los compromisos metodológicos pueden ser los mismos, pero las teorías diferentes (Alexander 1989: 19). Esto ha sido ampliamente discutido y criticado con las propuestas mencionadas que plantean una pluralidad teórica-metodológica (Girola 1992, Samaja 1992). Incluso se dice que cada investigación, en la medida en que abre, en torno de su problema focal, cuestiones periféricas cuyos procesos necesariamente presentan desarrollos desiguales, obliga a la combinación de diferentes

² De hecho, según J. Samaja, gran parte del enfrentamiento entre metodologías cualitativas y cuantitativas se resuelve en términos del enfrentamiento entre esquemas exploratorios *vs.* esquemas explicativos (1992: 13).

estrategias metodológicas (Samaja 1992). De ahí la propuesta de una «triangulación metodológica» consistente en «profundizar la relación que existe entre las dimensiones del objeto y sus observables» (Samaja 1992: 14).

Para entender esta cuestión hay que señalar que uno de los cuestionamientos más reconocidos en la sociología clásica y contemporánea ha sido el problema de la inducción de la metodología empírica, sobre todo con respecto a los criterios de cientificidad (Cadena 1994).

El método inductivo pretende explicar y predecir los hechos, presentando su sucesión como altamente probable (Cadena 1994). Uno de sus criterios es la causalidad, que ha sido ampliamente desarrollada en los últimos años, pero que igual ha sido muy cuestionada, porque una relación entre dos o más eventos no puede ser vista únicamente como causal, es una relación más compleja que implica reflexiones de carácter no sólo explicativo, sino comprensivo. El problema es el núcleo del método inductivo, pues parte de la idea de comprobación por experimentación, lo que es muy difícil de aplicar en la sociedad por lo irreplicable de los hechos sociales y de los elementos contextuales (Cadena 1994). La experimentación ha sido uno de los componentes metodológicos de las ciencias naturales, pero no podemos imaginarnos, por ejemplo en los estudios de salud y sociedad, un laboratorio donde investiguemos a los humanos de la misma manera que se estudian los microorganismos o los comportamientos animales (Infante 1994).

Otro problema de la inducción en la metodología empírica es apoyarse únicamente en los elementos cuantitativos y no consideran la importancia de los aspectos teóricos. Esta tradición, reforzada por Durkheim en la sociología y la antropología, tiene hasta la actualidad una fuerte influencia en la construcción de las teorías contemporáneas. Por eso resultan insostenibles los argumentos reductivistas que sustentan que la cientificidad de la sociología radica en una metodología que pondere lo cuantitativo (reduccionismo empirista), así como los que quieren excluirlo (reduccionismo epistémico). Lo importante es que «La cientificidad de una disciplina radica no en la metodología que se utiliza sino en la fuerza explicativa que contiene» (Cadena 1994), sin perder la coherencia de los componentes metodológicos con el nivel de explicación.

J. Alexander sostiene que el problema de los debates contemporáneos sobre estos aspectos no radica sólo en su reduccionismo, sino en la mezcla de niveles relativamente independientes y en que ignoran el nivel no empírico más general de todos. El autor lo llama el *nivel de las «presuposiciones»*, las cuales son referidas a los supuestos más generales de cada cientista en su enfrentamiento con la realidad (1989: 21).

Para este autor, la «elección de ciertas presuposiciones determina no sólo las posibilidades teóricas en un sentido positivo, sino también las restricciones y vulnerabilidades» (Alexander 1989: 21). En ese sentido, estas presuposiciones pueden cambiar conforme cambia la realidad. Se produce una revisión (reformulación-reconstrucción) de estas presuposiciones. El resultado es la producción de «categorías residuales», las cuales son como una especie de «arrepentimientos teóricos» (Alexander 1989). Otras categorías que pueden entenderse en este mismo sentido, aunque no cómo «arrepentimientos teóricos», son las llamadas categorías intermedias o teorías de alcance medio que se producen cuando tratamos de explicar la realidad sin tener todavía una teorización ampliamente elaborada.

«Las teorías sociológicas no son sólo intentos de explicar el mundo sino esfuerzos por evaluarlo, para comprender más amplias cuestiones de sentido» (Alexander 1989: 22). Por ello hay que considerar el enorme impacto que los cambios en la organización del mundo empírico causan en los supuestos más generales. «Si se entiende que una teoría depende de proposiciones empíricas erróneas [que no se adecue la teoría a la realidad], cae en descrédito» (1989: 23). Por ello el cambiante ámbito empírico de la teoría sociológica y antropológica (guerras, paz, revoluciones y otros procesos políticos, económicos, culturales, etcétera) ha impactado enormemente el desarrollo de la teoría social contemporánea.

Otros autores plantean que desde el punto de vista empírico queda sin resolver un problema central: el «fundamento último de las proposiciones básicas» que le dan «validez real» a los enunciados. Ni siquiera el principio de convergencia lo resuelve, pese a mostrar la coincidencia en los resultados obtenidos por vías distintas para fundamentar y otorgar validez real a los enunciados científicos, y suplir la falta de una fundamentación última auténtica, por mucho que sea importante este principio en la marcha de la investigación. Además,

la coincidencia en el resultado de las mediciones y cálculos no excluye la posibilidad de explicaciones e interpretaciones diferentes (May 1975).

Esto nos remite al problema de la explicación y la comprensión, el cual ha sido planteado erróneamente como una dicotomía metodológica de las ciencias a partir de sus objetivos particulares: «en las ciencias naturales el objetivo es explicar, mientras que en la historia es comprender».³ Cabe decir que cualquier explicación, sea causal, teleológica o de otro tipo, nos proporciona una comprensión de las cosas. He ahí una diferencia. La comprensión tiene una resonancia psicológica que no tiene la explicación, pues «la comprensión» como método, al estilo weberiano, es una especie de empatía, de recreación en la mente del estudioso de la atmósfera espiritual, de los sentimientos y motivos de sus sujetos de estudio (Von Wriqth 1971: 22-25).

La comprensión se encuentra además vinculada con la intencionalidad de una manera que la explicación no lo está, por lo que esta «dimensión intencional o semántica de la comprensión ha llegado a jugar un papel relevante en la discusión metodológica reciente» (Von Wriqth 1979: 24).

TRADICIONES CIENTÍFICAS

La investigación científica contemplada en una perspectiva amplia presenta, según G. H. Von Wriqth, dos aspectos importantes: el escrutinio y descubrimiento de hechos, y la construcción de hipótesis y teorías. A la primera se le ha calificado como ciencia *descriptiva* y a la segunda como ciencia *teórica* (Von Wriqth 1979).

³ Desde mi punto de vista esta supuesta dicotomía constituye una falsa dicotomía, pues, como señalan C. Heau-Lambert y E. Rajchenberg (s/f), en el caso de la relación entre historia y sociología existen una serie de consecuencias epistemológicas y lógico-metodológicas que son más complejas e implican la superación de la dicotomía sumaria entre «ciencias duras» y «ciencias blandas», y sobre todo la negación de que las *ciencias nomológicas* constituyan el único modelo válido de ciencia. Por ello, sugieren una redefinición del objeto de estudio de las ciencias sociales que demuestre su especificidad epistemológica, pues ambas disciplinas (la historia y la sociología) comparten el mismo régimen epistemológico, aunque respondan a regímenes disciplinarios diferentes.

A la construcción teórica se le ha adjudicado la finalidad de predecir, de mirar hacia adelante lo que ocurrirá, y a la segunda la de explicar los hechos ya ocurridos, de mirar hacia atrás. Pero estas distinciones no se pueden ver con esta rigidez. Esto puede ser revisado. Von Wriqth sugiere que el modo de hacerlo es cuestionando el papel de las leyes generales en la explicación científica y planteando el problema de si la construcción teórica intrínsecamente tiene el mismo sentido tanto en las ciencias naturales como en las disciplinas humanas y sociales (Von Wright 1971).

En este cuestionamiento cabe considerar el papel que se le ha proporcionado a las dos tradiciones en el pensamiento científico, como son la aristotélica y la galileana. La primera tiene sus raíces en la historia intelectual del hombre y la segunda es relativamente reciente. El contraste entre ambas tradiciones es caracterizado habitualmente en términos de explicación causal *versus* explicación teleológica. Las diferencias sustanciales radican en la manera de pensar. La tradición galileana se esfuerza por explicar y predecir los fenómenos, mientras la tradición aristotélica se esfuerza por comprender los hechos de modo teleológico.

Otros dos modelos de pensamiento son el cartesiano y el marxista. El primero ha sido más desarrollado desde la antropología y parte de que «saber es prever, a fin de poder», pero para poder debe empezarse por saber y no se puede saber a condición de liberarse de la obsesión de poder. Este modelo va muy ligado a lo que se conoce como *praxis* humana, es decir, a la acción transformadora del individuo en la sociedad a través de la aplicación de remedios preventivos que permitan conservar, entre otras cosas por ejemplo, la salud humana y controlar el crecimiento demográfico (Bastide 1971: 7-8).

Pero la *praxis* vista así, como una acción transformadora, fue reconstruida en el modelo marxista, no como aparecía en el modelo cartesiano a partir de sumar una ciencia teórica (las ciencias antropológicas) con un arte aplicado, de conectar lo práctico con lo teórico como dos territorios diferentes, sino bajo el supuesto de que los conocimientos teóricos se desarrollan a la par de nuestros conocimientos prácticos por y en un *movimiento de la praxis*. «La intervención humana en la realidad social es acción y ciencia a la vez, ya que permite al mismo tiempo modificar el mundo y, al transformarlo, conocerlo» (Bastide 1971: 12).

A juicio de J. Alexander, las tradiciones dominantes son las que constituyen el legado de la teoría sociológica contemporánea. Por ello se deben ver las tradiciones clásicas, sus teorías desde el punto de vista del énfasis empírico en lo microscópico o lo macroscópico, y no desde la óptica de las presuposiciones individualistas o colectivistas (1989: 23).

El surgimiento y desarrollo de la sociología en general, y en particular en América Latina, se caracterizan por un fuerte arraigo empirista, producto en parte de las particularidades históricas de esta región fuertemente marcada por los procesos de colonización española, de independencia, de dependencia económica y política, principalmente hacia Estados Unidos.

Los movimientos sociales, por ejemplo, que caracterizaron los procesos latinoamericanos, proporcionaron muchas de las bases para la construcción de teorías que trataban de explicar estos procesos sociales. Basta ver la producción sociológica sobre América Latina.

La actual teoría social que predomina en América Latina está sustentada por una nueva generación de sociólogos que han madurado en una situación conformada por la crisis económica de los ochenta, la pérdida de la utopía social y la reinstalación de las democracias fallidas. Esta generación fue formada, en su primera juventud intelectual, en la teoría de la dependencia, en la sociología de la acción y de los movimientos sociales, en los marxismos y, en menor medida, en el conocimiento de Weber (Poza 1993: 4).

Lo mismo sucede con la antropología, pues las tradiciones paradigmáticas se han construido sobre la base no sólo de una construcción lógica, sino de infinidad de aspectos relativos a la organización social de la ciencia y a su contexto cultural (Medina 1995).

En este marco, cabe considerar además la influencia del proceso de institucionalización de la sociología como disciplina de enseñanza e investigación, tanto en Europa como en Estados Unidos, el cual tuvo un amplio desarrollo a partir de la Segunda Guerra Mundial y se contrajo hacia la década de los setenta. «Así, por un lado el proceso de institucionalización ha sido condicionado por la naturaleza de las formas de reflexión teórica y de práctica científica, mismas que han incidido en la configuración de concepciones diferentes según el tipo de sociología que se desea promover» (Andrade 1993).

Por otro lado, la especialización de la práctica disciplinaria se ha expresado en la disociación de la teorización general interesada por el debate sobre los fundamentos de la disciplina, de la constitución de perspectivas analíticas globales, y el desarrollo de un tipo de investigación «aplicada» interesada en la atención de problemas específicos» (Andrade 1993).

Es ahí donde el papel de la sociología y de la antropología en los estudios de salud se vuelve relevante, sobre todo para el campo de la prevención y la intervención.⁴

Ya desde la década de los cuarenta la antropología aplicada tenía amplias expectativas de intervenir para proponer alternativas de solución a los problemas de salud más apremiantes. Posteriormente, se produce una importante incorporación de la profesión sociológica y antropológica en las instituciones de salud, incluso se introduce en el profesiograma del Instituto Mexicano del Seguro Social la profesión sociológica. Sin embargo, el punto de vista social de la enfermedad, la salud, la atención y la muerte, entre otros aspectos, se ha mantenido subordinado a la óptica médica, quedando estas profesiones (la sociológica y antropológica) como meras auxiliares en la solución de los problemas, reconociéndoles principalmente su carácter de asesoría y consultoría a partir de las recomendaciones basadas en estudios empíricos y dejando de lado las contribuciones teóricas en la explicación de la relación salud-sociedad.⁵ Ésta ha sido una

⁴ En términos sociológicos me parece más acertado hablar de intervención que, como suele confundirse ahora, de investigación-acción, ya que, como señala F. Dubet, «la *intervención sociológica* debe concebirse como un *conjunto analítico* en el cual la teoría y el método están necesariamente ligados» (1987: 556). Por ello, el papel de la intervención sociológica es orientar a los grupos hacia el análisis de su propia acción y no tiene que ver con el método de investigación-acción que construye la intervención alrededor de un problema por resolver. El dilema de la investigación-acción se ha visto con frecuencia como el de una elección entre la producción de conocimientos y la voluntad de transformar las prácticas, pero sólo se producen conocimientos en la medida en que actúa el agente, mientras que en la intervención sociológica el objetivo del conocimiento rige el procedimiento de la investigación en su conjunto. La eficacia de una intervención nunca se puede medir en términos directamente instrumentales, por ello no hay que confundir la intervención sociológica con la investigación-acción (Dubet 1987).

⁵ Existe una notable producción epistemológica generada en la medicina social y la antropología médica en México y América Latina. Desde distintos paradigmas se ha proporcionado un cuerpo de conocimientos a partir de una

limitante, pues las ciencias médicas tienden a rechazar por principio la producción científica generada desde las ciencias sociales. De ahí que a la profesión antropológica [y sociológica], por ejemplo, se le [s] llame a cumplir funciones prácticas, a reemplazar por la acción planificada las imposiciones de la tradición, a promover otra forma de conocimiento racional (Bastide 1971), a cooperar en la adaptación de los grupos en la modernidad, etcétera.

Las «observaciones de los etnógrafos demuestran que los hombres [y las mujeres], si bien se resisten a los cambios, también aceptan, cuando les parecen buenas, técnicas, instituciones y prácticas provenientes de otras culturas. En consecuencia, es posible una antropología aplicada que se funde en tales hechos de aculturación, reconociendo que el indígena también se aviene a recibir algo de los otros» (Bastide 1971: 21). De ahí que se piense en cierta contradicción o malestar entre el relativismo cultural y la existencia de una antropología aplicada. Los ejemplos más notables son las acciones indigenistas y en cierto sentido las acciones en salud, las cuales eran definidas de manera distinta. Para las ciencias médicas la prevención responde a una concepción centrada en la causalidad, mientras que para la sociología y la antropología el enfoque preventivo supone otros niveles de la realidad que C. Infante caracteriza de la siguiente manera: el *nivel del individuo en sociedad*, que se puede analizar a través de la percepción, explicación, actitudes y comportamientos individuales hacia la salud enfermedad, y de la relación médico-paciente; el *nivel micro-social*, que implica el estudio de la familia, las redes sociales, la relación del medio social y el individuo con procesos sociales más amplios, etcétera; otro nivel es el meso-social, que corresponde a los estudios de comunidad y a las organizaciones complejas en el área de atención a la salud, entre otras; un último nivel es el *macro social*, que atañe al análisis de los sistemas de atención a la salud y del efecto de las condiciones sociales en el proceso salud enfermedad.

Estos niveles suponen a su vez diferentes niveles de complejidad epistemológica y de exploración empírica en el campo de la salud,

diversidad de fuentes como la experiencia obrera (Laurell *et al.* 1990, entre otros), la función de los modelos médicos (Menéndez 1984, entre otros) y el género femenino (Pérez-Gil *et al.* 1995), por mencionar algunas fuentes de conocimiento. Es abundante la investigación sobre esta relación de salud-individuo y sociedad que se ha explorado y que no terminaríamos de mencionar en este trabajo.

pues el conocimiento generado desde la sociología y la antropología tiene otros criterios de cientificidad distintos a los de las ciencias médicas que no podemos evaluar ni medir con la misma vara, como he tratado de fundamentar a lo largo de este trabajo.

BREVES REFLEXIONES FINALES

1. El esbozo expuesto muestra que los debates sobre la relación entre teoría y realidad continúan en el orden del día. Las tendencias actuales son cada vez más críticas de las concepciones reduccionistas y empiezan a apuntar hacia la exploración de este *continuo* del pensamiento científico propuesto por J. Alexander.

2. Los componentes de este *continuo* científico, como veíamos, no invalidan ni uno ni otro planteamiento; por el contrario, le otorgan su lugar a cada uno en la actividad productiva del conocimiento. Tanto la unidad epistémica como la empírica constituyen un movimiento dialéctico en la producción de conocimiento, capaz de proporcionarnos recursos y elementos de análisis para explicar y comprender las especificidades de la realidad social, de reconstruir los modelos explicativos de los paradigmas clásicos, de reconocer sus elementos multidimensionales, etcétera.

3. Si bien se está trabajando desde la perspectiva sociológica y antropológica hacia la renovación de las teorías y métodos a partir de los postulados clásicos y de los contemporáneos, falta superar todavía muchos dogmatismos y reduccionismos, tanto teóricos como empíricos e ideológicos. Tarea por demás difícil en disciplinas que han tenido una marcada tradición empírica.

4. Finalmente, la propuesta de combinar teorías y métodos, de reformular y enriquecer los esquemas explicativos, comprensivos e interpretativos congruentes con los marcos regionales, contextuales y procesuales de las sociedades, así como acordes con la multidimensionalidad de nuestros objetos de estudio, es una de las principales tareas que tenemos por delante como científicos teórico-empíricos.

RESUMEN

Se presentan algunos elementos de reflexión sobre la relación teoría-realidad, que históricamente han sido debatidos en la sociología y la antropología. De ahí se retoman aquellos que sirven en el análisis del papel de estas disciplinas sociales, de su teorización y explicación en el campo de la salud.

En la primera parte del trabajo se da un esbozo del marco de la «crisis» de la sociología y la antropología, y algunos de los puntos del debate entre la perspectiva «empirista» y la perspectiva «epistemológica». En la segunda parte se explora el esquema propuesto por J. Alexander sobre un *continuo* científico. Al final se presentan algunas reflexiones que destacan los aspectos relevantes planteados en el debate sobre la relación teoría-realidad.

PALABRAS CLAVE: epistemología, salud, *continuo* científico, referentes empíricos.

ABSTRACT

This paper deals with some theoretical considerations concerning the relationship between theory and reality that have been topics of debate in the fields of Sociology and Anthropology. Special attention is given to the analysis of health-related problems. The first part is an overview of the «crisis» of both disciplines from the empiricist and epistemological perspectives. In the second part, some points of view concerning the theory-reality debate are presented.

REFERENCIAS

ADORNO, T. W. *ET AL.*

1989 La sociología y la investigación empírica, en *Sociológica*, Taurus-Humanidades, Madrid.

ALEXANDER, J.

1991 La centralidad de los clásicos, en A. Giddens y J. H. Turner (eds.), *La teoría social hoy*, Alianza Ed., México: 22-80.

1989 *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Ed. Gedisa, España.

ANDRADE, A.

1973 La institucionalización de la sociología en Europa y Norteamérica, *Convergencia*, Universidad Autónoma del Estado de México, año 1, 1: 11-25 (enero).

BASTIDE, R.

1971 *Antropología aplicada*, Ed. Amorrortu, Argentina.

CADENA, E.

- 1994 El problema de la inducción en ciencias sociales, *Convergencia*, Universidad Autónoma del Estado de México, año 2, 5: 333-354 (marzo).

DUBET, F.

- 1987 Los criterios de validación en la intervención sociológica, *Estudios sociológicos*, V(15): 555-573.

GIROLA, L.

- 1992 Desafíos teóricos después de la crisis, *Sociológica*, año 7, 20: 159-184 (septiembre-diciembre).

HEAU-LAMBERT, C. Y E. RAJCHENBERG

- s/f *Problemas teóricos y epistemológicos de la historia*, manuscrito.

IANNI, O.

- 1991 La crisis de los paradigmas en la sociología, *Acta sociológica*, 1:155-136 (enero-abril).

INFANTE, C.

- 1994 El enfoque sociológico en el estudio de la prevención de los problemas de salud, *Acta sociológica*, 11:203-226 (mayo-agosto).

KROTZ, E.

- 1994 Alteridad y pregunta antropológica, *Alteridades*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, año 4, 8: 5-11.

- 1995 La crisis permanente de la antropología mexicana, *Nueva Antropología*, XIV (48): 9-18 (julio).

LAURELL, C., M. NORIEGA, O. LÓPEZ ARELLANO Y V. RÍOS

- 1990 La experiencia obrera como fuente de conocimiento. Confrontación de resultados de la encuesta colectiva e individual, *Cuadernos Médico Sociales*, 51: 5-20 (marzo), Centro de Estudios Sanitarios y Sociales, Argentina.

MAY, E.

- 1975 *La filosofía natural*, Fondo de Cultura Económica, México.

MEDINA, A.

- 1995 Los paradigmas de la antropología mexicana, *Nueva Antropología*, XIV(48): 19-38 (julio).

MENÉNDEZ, E.

- 1984 Estructura y relaciones de clase en la función de los modelos médicos, *Nueva Antropología*, VI(23): 71-102 (marzo).

MILLS, C. W.

- 1969 *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, México.

PÉREZ-GIL, S., JUAN C. RAMÍREZ Y P. RAVELO

- 1995 *Género y salud femenina. Experiencias de investigación en México*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología

Social, Universidad de Guadalajara e Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán, México.

POZAS, R. (COORD.)

1993 *Las ciencias sociales en los años noventa*, IIS/IFAL, UNAM, México.

ROJAS SORIANO, R.

1993 *Formación de investigadores educativos. Una propuesta de investigación*, Plaza y Valdés Ed., México.

SAMAJA, J.

1992 La combinación de métodos: pasos para una comprensión dialéctica del trabajo interdisciplinario, *Educación Médica y Salud*, 26(1): 4-34.

VON WRIGTH, G. H.

1979 *Explicación y comprensión*, Alianza Universidad, España.